

Ballesteros San José, Plácido. *Alvar Fáñez. Trayectoria histórica del defensor del reino de Toledo (1085-1114)*. Guadalajara: Intermedio Ediciones, 2014. 240 pgs. + mapa plegable. ISBN: 978-84-942961-1-6.

Reviewed by: José Ramón López de los Mozos
(IS)



El libro que comentamos es claro y contundente. No es muy extenso, porque para decir las cosas con claridad no hace falta ser farragoso y Plácido Ballesteros, autor de *Alvar Fáñez. Trayectoria histórica del defensor del reino de Toledo (1085-1114)*, ha dado en el clavo al dejar constancia en este libro de la peripecia vital y la historia del gran desconocido adalid, al que siempre se consideró un segundón a la sombra de Rodrigo Díaz de Vivar, tenido como primo suyo o familiar directo.

Plácido Ballesteros consigue desbrozar los aspectos verdaderamente históricos, la auténtica y verdadera historia a través de una profunda y exhaustiva revisión de los documentos todavía existentes, por nimios que puedan parecer los datos que contienen acerca de Alvar Fáñez y también de otros personajes de la época: fundamentalmente de Alfonso VI y la reina Urraca, en un momento tan controvertido como el que vino tras la conquista de Toledo, en 1085, cuando Alvar Fáñez cobró mayor importancia al ser encargado de custodiar y conservar las fronteras del Tajo frente a la invasión de los terribles almorávides, deseosos de volver a recuperar la imperial Toledo.

La labor que el investigador ha tenido que realizar ha sido ardua, puesto que el grueso de su trabajo ha consistido en ir revisando con el consiguiente rigor, multitud de crónicas cristianas y musulmanas fiables: la *Historia Silense*, la *Crónica del Obispo Don Pelayo*, el *Cronicón Compostelano*, la *Historia Roderici*, la *Crónica Adefonsi Imperatoris*, las *Crónicas Najerense y Tudense*, las obras de Jiménez de Rada, los *Anales Toledanos*, I, etcétera, entre los primeros, y las *Memorias de Abd Allah*, la *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, la *Historia de Al-Andalus* de Ibn al-Kardabus, y el *al-Bayan al-Mugrib* de Ibn Idari (o *La caída del Califato de Córdoba y los Reyes de Taifas*), entre las fuentes musulmanas de primer orden, además de una cuidada selección de estudios, cerca de una treintena, que el lector puede seguir en la bibliografía final que

acompaña al libro y que, dicho sea de paso, contribuye eficazmente, junto al extenso apéndice titulado “Personajes”, al más amplio conocimiento del protagonista de su protagonista, además de un completísimo “Resumen gráfico”, que confieren al libro gran interés didáctico.

El libro está dividido en dos grandes capítulos: Alvar Fáñez, entre la historia y la leyenda y La verdadera trayectoria histórica de Alvar Fáñez.

En el primero de ellos, queda claramente demostrado que en casi todas las crónicas mencionadas, Alvar Fáñez viene a ser considerado como un personaje absolutamente desdibujado, casi llegando a convertirse en ficción o, simplemente, uno de los capitanes destacados de la mesnada del Cid en su camino al destierro y durante los sucesos levantinos; algo, señala Ballesteros, que corresponde a una visión totalmente falsa y alejada de la realidad histórica, debida principalmente a invenciones juglarescas intercaladas en las crónicas cultas referentes al reinado de Alfonso VI a partir de finales del siglo XII, que contribuyeron a que la Historia se convirtiese en Epopeya, como puede comprobarse a través de los ya conocidos tópicos novelescos propios de aquel reinado: la partición de los reinos por Fernando I, que dio lugar a los enfrentamientos subsiguientes entre sus hijos, como así sucedió tras su fallecimiento y, también, la sustitución del rito mozárabe por el romano, que se decidió de una manera un tanto truculenta, elementos que fueron integrados en el *Poema del Cid* y con mayor amplitud en la *Estoria de España* mandada confeccionar por Alfonso X, a finales del siglo XIII.

Es en este primer apartado donde Ballesteros va analizando pormenorizadamente el proceso de incorporación de los elementos que constituyen las “leyendas juglarescas” en las crónicas medievales, tanto en las más cercanas temporalmente, como en las posteriores más inmediatas, en las que se ofrecen noticias puntuales de los hechos más sobresalientes del momento “con pequeñas pero muy significativas diferencias entre ellas”.

En las tres se concede el protagonismo a la familia real y no aparece mención alguna a Alvar Fáñez, pero tampoco al Cid Campeador, como demuestra a continuación a través del estudio comparativo de las diferentes crónicas:

La *Crónica Silense* o *Historia Legionense* (ca. 1110-1118), que refiere la división del reino y el posterior enfrentamiento entre hermanos.

La *Crónica del Obispo Don Pelayo de Oviedo* (ca. 1120-1128), en la que, además de la división del reino y el consiguiente enfrentamiento, se habla de otros aspectos como la conquista del reino de Toledo y la repoblación de la Extremadura castellana, la adopción del rito romano, la irrupción almorávide y la batalla de Sagrajas (que merecen escasa atención para el cronista) y la puntual relación de las cinco mujeres legítimas del rey Alfonso VI, además de sus dos amantes (una la mora Zaida, madre del infante Sancho, muerto en la batalla de Uclés).

El *Cronicón Compostelano* (ca. 1130), que vuelve a la división del reino y al posterior enfrentamiento y ofrece pocos datos sobre el reinado de Alfonso VI, dedicando algunas notas -no muy precisas- a la conquista de Toledo y con más detenimiento al cambio del rito religioso, además de una breve reseña, “muy negativa”, del reinado de Urraca, que reinó tiránicamente y murió “tras una vida infeliz de parto de hijos adulterinos”.

La *Historia Roderici* (primeras décadas del siglo XII / 1188-1190), crónica personal de Rodrigo Díaz fechada tradicionalmente muy próxima a los acontecimientos, aunque Menéndez Pidal la creyó escrita por un testigo de los hechos a principios del siglo XII, tras la muerte del Cid, por lo que se trata de la biografía más antigua del *Campeador*, por lo que es la fuente principal para el conocimiento de los hechos de dicho personaje, donde no aparece por ningún lado la “jura” de Santa Gadea, ni se menciona Alvar Fáñez.

La *Crónica Adefonsis Imperatoris* (ca. 1153-1157), cuya primera parte detalla los sucesos políticos del reinado de Alfonso VII, sin mencionar a Alvar Fáñez, mientras que en la segunda se narra la defensa del reino de Toledo ante los ataques almorávides, en cuyos primeros capítulos el protagonismo corresponde a nuestro adalid y donde se dice que las aceifas musulmanas atravesaban constantemente “aquella tierra que fue de Alvar Fáñez”, al que se denomina como “el valiente caudillo de los cristianos”. El final de esta *Crónica* de Alfonso VII contiene el *Poema de Almería*, entre cuya nómina de personajes si figura un tal Álvaro, hijo del que fuera alcaide de Toledo, Rodrigo Álvarez, identificado como yerno de Alvar Fáñez.

La *Crónica Najerense* (ca. 1173-1194), sigue el mismo modelo: habla de la división del reino (siguiendo el texto de la *Crónica Silense*) y del enfrentamiento posterior, la conquista de Toledo, la repoblación de la Extremadura, la irrupción almorávide, salvo en el cambio de rito, donde introduce elementos claramente juglarescos.

El *Chronicón Mundi*, del Obispo Lucas de Tuy (1236) ofrece una visión positiva de la reina Urraca al tratar del enfrentamiento con sus hermanos y destaca que, en la conquista de Toledo, el rey recibe a un mensajero que le da cuenta del sueño de Çibrian, obispo de León, en el que san Isidro le comunica que, tras quince días de asedio, Toledo se rendirá.

En *De Rebus Hispaniae*, del Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada (1243 / 1246), -tipo de “historia oficial” en la que su autor evita en todo momento los aspectos negativos que pudieran surgir, además de seguir en gran parte una fuente literaria- encontramos por primera vez que la figura histórica de Alvar Fáñez aparece en una crónica:

“Llegados los supervivientes a Toledo [tras la batalla de Uclés], el rey les pregunta, reprochándoles, por su hijo muerto [el infante Sancho], a lo que el Conde Gómez le responde que el rey no se lo había encomendado a él. Como quiera que el monarca, tras indicar que el ayo del infante había muerto protegiendo al niño, seguía con sus acusaciones por no haber muerto ellos también en la defensa del heredero, *Alvar Fáñez, varón valiente y fiel*, le contestó que el rey debía comprender en su dolor que, una vez muerto el infante, su sacrificio habría sido en vano, porque dado que ya no se podía hacer nada por el príncipe, allí estaban para defender lo que con mucho sacrificio habían conquistado con la sangre de tantos, de manera que la gloria del rey no se perdiera como se había perdido su hijo”.

La *Estoria de España*, de Alfonso X el Sabio (ca. 1270 / 74-1360) a través de dos de sus versiones: la *Primera Cónica General de España* y la *Crónica de los Veinte Reyes*, en las que se suelen incluir obras literarias como cantares de gesta y fuentes folclóricas, por lo que Ballesteros solamente presta atención a los relatos relacionados con la época de Alvar Fáñez, como son el *Cantar del rey don Fernando*, el *Cantar del rey don Sancho* y la *Jura de Santa Gadea* -hoy perdidos-, la *Gesta de las Mocedades de Rodrigo*, el *Carmen Campidoctoris* y el *Cantar de la Mora Zaida*, además de algunas referencias de tipo tradicional “segund dizen los ancianos que son muy antiguos, que alcançaron mas las cosas daquel tiempo”, como se puede ver textualmente en el capítulo 866 de la *Primera Crónica General*, al explicar que el ganador de la batalla de Almodóvar fue Alvar Fáñez, frente a lo sostenido en otras fuentes.

Pero también en algunas versiones, en los capítulos referentes a los reinados de Fernando I, Sancho II y Alfonso VI van apareciendo menciones acerca de la participación del Cid en los hechos más significativos, al igual que sucede con Alvar Fáñez, al que se identifica con el entorno del *Campeador*, por ejemplo en los enfrentamientos surgidos

entre Sancho II y el rey García, donde se concede un papel relevante a nuestro personaje, pues según la *Primera Crónica General*, Santo II manda como mensajero a Alvar Fáñez, al que se identifica como sobrino del Cid, ante el rey García, con el encargo de exigirle la entrega del reino o que, por el contrario, se prepare para la batalla (aunque nuestro protagonista lamenta tener que realizar dicha misión, cumple con lo ordenado por su señor).

Sin embargo, la *Crónica de Veinte Reyes* no identifica al mensajero sino con Alvar Fernández, del que no se menciona relación alguna con el Cid, de modo que aunque Alvar Fáñez sea “citado casi una cincuentena de veces, aparece como su mejor capitán, su lugarteniente en las situaciones más difíciles, al que le son encomendadas las misiones más delicadas...” no deja de ser el *alter ego* literario del héroe, lo cual contribuyó a ensombrecer su verdadera trayectoria histórica.

Y los *Anales Toledanos* I y II (ca. 1219-1244 / 1250), siendo en los *Primeros* donde se da sucinta noticia de la toma de Cuenca por Alvar Fáñez en 1111, así como también su muerte en 1114, a manos de las milicias concejiles de Segovia, mientras que en los *Segundos* se recogen varios enfrentamientos de nuestro protagonista con los almorávides: el de Almodóvar -de 1091- auxiliando a al-Mu'tamid, taifa sevillano, antes de su deposición y posterior destierro a Marrakesh, y el cerco de Montesant en 1113, defendiendo Aurelia (Oreja).

Tras este repaso de las crónicas, concluye Ballesteros que en los capítulos de la *Estoria de España*, llevada a cabo a finales del siglo XIII por el taller historiográfico de Alfonso X, Alvar Fáñez, que como personaje histórico había sido sacrificado por los juglares a mayor gloria del Campeador, queda identificado como personaje literario del Cid. Tradiciones épicas que después pervivirían en la historiografía moderna y contemporánea, en contraposición con los detallados y bien informados relatos de los autores musulmanes coetáneos, especialmente las *Memorias* de Abd Allah (1073-1090), dadas a conocer -en parte- por Levi Provençal en 1935 y completas en 1980, en los capítulos referentes a la compleja fragmentación política de *al-Andalus*, los enfrentamientos entre taifas y la presión que sobre todos ellos ejerció Alfonso VI, auténtico protagonista del texto, en el que también aparecen mencionados los nombres del conde mozárabe Sisnando Davídiz, de Pedro Ansúrez y de Alvar Fáñez, sin que aparezca la figura del Cid por ninguna parte.

Otra fuente es el libro titulado *Elocuencia evidenciadora de la gran calamidad*, escrito por Ibn Alqama, que recogió la *Estoria* alfonsí, en el que se dice que cuando Alfonso VI acudió en ayuda de al-Qadir en su enfrentamiento contra los almorávides, en Sagradas, también se unieron a las tropas de Alvar Fáñez algunos contingentes mercenarios musulmanes, circunstancias parecidas a las que figuran en el *Dajira* o *Tesoro de las hermosas cualidades de la gente de la Península*, escrito por Ibn Bassam, dado a conocer en 1861 por R. P. Dozy (*Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de Andalucía por los almorávides*).

Ibn al-Kardabus ofrece datos novedosos acerca de Yusuf ibn Tasfin (o Tesufín), Alfonso VI, el Cid y Alvar Fáñez, que no figura como mero segundón, como venía siendo lo normal en la historiografía tradicional, sino como persona tan importante como el propio Cid, o más, destacándolo como principal colaborador con el rey en la defensa del territorio toledano, a cuyas tropas se unieron grupos de musulmanes malvados, apóstatas del Islam, que se comportaron con toda crueldad. Menciona igualmente la derrota sufrida por Alvar Fáñez frente al emir Sir Ibn Abi Barkr, lugarteniente de Yusuf, y como tras la batalla de Consuegra, Yusuf, antes de su regreso a África, envió una división de su ejército a Cuenca, donde nuestro protagonista les hizo frente. Por último, señalar dos referencias más: la defensa de Toledo (1113-1114) y la muerte de Alvar Fáñez en el

último año citado (1114), datos que también aparecen con exactitud en las fuentes cristianas.

El capítulo segundo analiza, como ya queda dicho, la verdadera trayectoria histórica de Alvar Fáñez, desde sus orígenes familiares, hartamente imprecisos. Ya vimos más arriba como en la *Primera Crónica General* aparece “Alvar Hannez, un caballero muy bueno, *que era sobrino del Cid*”, dato que aceptó fray Prudencio de Sandoval, a comienzos del siglo XVII, en su *Historia de los cinco reyes*, lo que posiblemente se deba a un error de traducción (o más bien de concepto), puesto que en la *Carta de arras del Cid*, de donde es muy posible que proceda esta equivocación, Rodrigo Díaz menciona a Álvaro Fáñez y a Álvaro Álvarez como *sobriniis* suyos (palabra que no significa *sobrinos*, sino primos hermanos por línea paterna, puesto que por la materna serían *consobriniis*); error que pasó totalmente desapercibido a Menéndez Pidal en su *España del Cid*. Pero la consideración de *primo hermano* del Cid también presenta algunos inconvenientes, tales como que la *Carta de arras* mencionada se considera una falsificación por gran parte de los investigadores o, por lo menos, por no original.

Llegado a este punto, Ballesteros se niega a aceptar la genealogía tradicional de Alvar Fáñez, que identifica a su padre con Fernán Laínez, hermano de Diego Laínez, padre de Rodrigo Díaz de Vivar y que fue recogida en el siglo XVI por Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía*, al tratar acerca de la saga de los Castro. Históricamente es posible que el padre de Alvar Fáñez fuese un tal Fan Fáñez, quien suscribe diversos documentos de Fernando I entre 1038 y 1064, y de Alfonso VI entre 1072 y 1080, y también aparece liderando un pleito interpuesto en 1073 entre los vecinos de cuatro aldeas del valle de Orbaneja (Burgos), contra el monasterio de San Pedro de Cardeña, sobre comunidad de pastos. Tierras donde parece ser que el dicho Fan tenía ciertos intereses económicos.

Del mismo modo es también posible que fuesen familiares de Alvar Fáñez los llamados Munio Fáñez, que suscribe documentos de Fernando I entre 1038 y 1063, y Sarracino Fáñez, que lo hace entre 1038 y 1064, dada la escasa frecuencia del patronímico en la época, aunque dichos nombres no vuelven a figurar en la documentación real.

De lo que no hay duda alguna es de que Alvar Fáñez fuera de origen castellano, puesto que como “*De Kastella*” consta entre los testigos firmantes de algunos documentos salidos de la cancillería real; en algunos otros aparece como “*de Zorita*” y “*de*” otros lugares, pero en ninguno como “*de Minaya*”, -que aparece a partir del siglo XVI- quizá por corrupción de “*anaya*”, según un documento de 13 de junio de 1110, cuando ya era un alto cargo en la corte de doña Urraca, que lo saluda como “*mio anaya Alvar Fanes*”, tal vez usando ese vocablo (“*anaya*”) como calificativo.

No obstante, el primer dato acerca de la carrera de honores de Alvar Fáñez lo señala como confirmante de una exención que concedió Alfonso VI al monasterio de Sahagún sobre fonsadera (1 de marzo de 1078), puesto que, de los otros dos documentos donde también aparece mencionado, uno es falso y el apartado correspondiente del *Fuero de Sepúlveda* bien pudiera tratarse de una interpolación que recoge un acto jurídico posterior a su otorgamiento en 1076, por lo que tal vez Alvar Fáñez no estuvo presente en la concesión del primer fuero.

Pero de lo que no cabe duda, es de que los primeros documentos mencionan ya al magnate, todavía no muy relevante, hasta que no emparente con el conde Pedro Ansúrez, a través de su hija Mayor Pérez, con la que contrajo matrimonio (casi con seguridad hacia 1078, cuando la corte estaba en León), lo que probablemente significó su ascenso en la corte (aunque también hubiera podido suceder al revés, es decir, no haberse casado hasta no haber alcanzado el necesario prestigio social).

Otro documento menciona a Alvar Fáñez en la comitiva real, el 22 de febrero de 1085, cuando se está preparando la conquista de Toledo. Después dejará de aparecer en los documentos, seguramente por haber sido enviado por Alfonso VI a acompañar a al-Qadir en la conquista de Valencia. Posteriormente figura nuestro personaje en la concesión de la dote fundacional de la catedral de Toledo (18 de diciembre de 1086).

La última mención documentada de Alvar Fáñez en la corte está fechada el 8 de mayo de 1107, en Monzón. Por entonces, Alvar Fáñez había sido relevado de la alcaidía de Toledo, pero acrecentado el dominio de Zorita con la cercana Santaver, por lo que se convirtió en el hombre más fuerte del sector conquense en el nuevo reino de Toledo, todo ello debido, claro está, a una estrategia política sensata por parte de Alfonso VI, en la que nuestro protagonista jugó un importante papel en la conquista de dicho reino y en el control de Valencia, hasta la llegada del peor momento tras la derrota de Uclés (1108-1109), en que tiene lugar la pérdida de la mayor parte de las extensas tierras que fueron de Alvar Fáñez -“*illam terra quae fuit de Alvaro Fannici*”- debida en gran parte al auxilio prestado a los almorávides por la población, todavía musulmana, que ocupó las fortalezas más importantes, menos Zorita, fuertemente amurallada y repoblada treinta años antes por cristianos, lo que permitió a Alvar Fáñez mantener guarnecido el paso más importante del Tajo, manteniendo el control de Toledo. Se perdieron Santaver, Uclés y Huete, que a partir de entonces dejan de ser nombradas en los documentos de la cancillería real, como había sucedido anteriormente.

Tras la muerte de Alfonso VI en Toledo (1 de julio de 1109), y como consecuencia del estrepitoso fracaso del segundo matrimonio de la reina Urraca, Alvar Fáñez no tiene más remedio que hacerse cargo, a solas, de la conservación de la frontera del Tajo. Recibe de Doña Urraca el nombramiento de duque de Toledo -“*Tuletule dux*”- en 22 de julio de 1109, ciudad que supo defender del asedio perpetrado por Alí ibn Yusuf, que regresó de África tras enterarse de la muerte de Alfonso VI y la consecuente debilitación de sus ejércitos.

Pasado este periodo, Alvar Fáñez vuelve a prestar más atención a la situación general del reino, de cuya presencia en la corte queda constancia a través de enero y febrero de 1114, cuando surgen revueltas promovidas por Alfonso I el Batallador que subleva a los nobles gallegos, leoneses y castellanos, al tiempo que algunos concejos de la extremadura castellana apoyaban al rey aragonés, frente a Urraca.

Desde principios de 1110 Alvar Fáñez se hace cargo del castillo de Peñafiel, próximo a Valladolid, pero los partidarios de Alfonso I de Aragón controlaban Soria, Almazán, Berlanga y Segovia, ciudad esta donde en un encuentro con sus milicias concejiles fue muerto, tal y como recogen los *Anales Toledanos*: “*Los de Segovia, después de las octavas de Pascua mayor, mataron a Albar Hannez era M C L II*”. (1152 - 38 = 1114). Una muerte absurda “a manos de sus propios correligionarios en una estéril disputa civil”.

El autor de este interesante libro finaliza con una serie de conclusiones, siendo la principal, desde nuestro punto de vista, que “la verdadera trayectoria histórica de Alvar Fáñez no se corresponde con la visión que de nuestro personaje se ha transmitido hasta ahora en el conjunto de la historiografía española”.

A esta visión tan desenfocada contribuyeron intelectuales muy alejados en el tiempo, como por ejemplo Alfonso X “*el Sabio*”, quien en su *Estoria de España*, escrita en la segunda mitad del siglo XIII, incorporó prosificado casi todo el *Poema del Mío Cid*, plagado de elementos juglarescos -en gran parte apartados de la realidad histórica- al igual que mucho después, a finales del siglo XIX y comienzos del siguiente, le sucedió a don Ramón Menéndez Pidal, quien revisó el reinado de Alfonso VI en *La España del Cid*,

cuyo *Poema*, así como los datos en él contenidos, avaló dejándose llevar por la pasión (y ya sabemos que las pasiones anulan la razón).

Indica más Ballesteros que “Alvar Fáñez no fue el lugarteniente del Cid. Nuestro personaje sólo acompañó a Rodrigo Díaz el Campeador en sus aventuras y desventuras literarias”, puesto que personaje histórico, el real, el que aparece en los documentos de las cancillerías reales, fue un fiel vasallo de Alfonso VI, al servicio de su proyecto político y cuya presencia fue decisiva para la defensa del Tajo, especialmente entre los años 1086 y 1114.